



LA IRA ES ENERGÍA

MEMORIAS SIN CENSURA

JOHN LYDON

La ira es energía

John Lydon

La ira es energía

John Lydon

Traducción de Emilia García-Romeu y Jaime Blasco

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Nota editorial

El lector advertirá que la prosa de John Lydon no siempre se ajusta a las convenciones gramaticales. También hallará palabras no registradas en los diccionarios o empleadas de forma poco ortodoxa. No son erratas o errores, sino elementos sustanciales de la singular jerga que utiliza el autor y que, por ello, esta editorial ha respetado casi sin excepción. Como diría el señor Lydon: «No perdamos el tiempo con chorradas».

Los Lydon: no puedo agradecer a mi familia que me diera una carrera (eso me lo hice yo solito), pero sí que permaneciera a mi lado. Muchas gracias.

Nora: el amor de mi vida, mi mejor amiga. Nuestros desencuentros son bellas y nuestros reencuentros bellísimos. Ojalá sepa devolverte todo el cariño y el apoyo que me has dado. Gracias.

Este libro está dedicado a la integridad.



Índice

Introducción: Qué la carretera se alce para ti	11
1. NACIDO CON UN PROPÓSITO	21
Raíces y cultura	53
2. EL PRIMER VÁTER DENTRO DE CASA	65
3. JOHNNY VISTE COMO QUIERE	97
Hermosa vergüenza	123
4. EN EL INFIERNO	127
Besos y abrazos, cariño	
Primera parte	161
5. ESTE CHICO NO SE RINDE	167
¿Quién censura al censor?	
Primera parte: tiempos fraudulentos	209
6. SOLTANDO LASTRE	211
7. ABRIENDO LA CAJA DE PANDORA	
CON MARTILLO Y CINCEL	245
¿Quién censura al censor?	
Segunda parte: tiempos fraudulentos	277
8. SÓLO PORQUE ESTÉS PARANOICO NO VAN	
A DEJAR DE PERSEGUIRTE	285
¡Besos y abrazos, cariño!	
Segunda parte	319
9. NO HAY NADA MEJOR QUE CAMBIAR	323
¿Quién censura al censor?	
Tercera parte: no permitáis que me malinterpreten	365
10. ILUSIONADO Y FELIZ	373

John Lydon

11. JOHNNY CUCKOO	413
¿Quién censura al censor?	
Cuarta parte: ¿deseas mi cuerpo?	453
12. PUEDES MIRAR HACIA EL FUTURO	
SI TE SIENTES SEGURO	463
¡Besos y abrazos, cariño!	
Tercera parte: Nora	503
13. LA NATURALEZA ME DESCUBRE	511
14. LA HISTORIA Y EL DOLOR SON UN REGALO	545
¿Quién censura al censor?	
Quinta parte: resistencia pasiva	565
15. MAR ADENTRO	577
La nota final	611
Agradecimientos	613
Índice onomástico	617

Introducción

Qué la carretera se alce contigo

La ira es energía. Es la puta verdad. En la vida se me ha ocurrido otra frase tan potente. Cuando estaba escribiendo «Rise», una canción para Public Image Ltd, no fui consciente del impacto emocional que tendría sobre mí y sobre la gente que después la escucharía.

La escribí distraído, casi sin pensar, justo cuando me disponía a cantar la canción entera por primera vez, en mi nueva casa de Los Ángeles. Es una idea llena de dureza y espontaneidad.

«Rise» hacía referencia al contexto de Sudáfrica bajo el *apartheid*. Por entonces, la CNN transmitía noticias horribles sobre el país; versos de la canción como «They put a hotwire to my head, because of the things I did and said» [me pusieron un cable eléctrico en la cabeza por las cosas que yo había hecho y dicho], describen las técnicas de tortura del régimen. Era insoportable.

Veías los reportajes de la televisión y los periódicos y sentías que no había posibilidad de cambio. Así que en el contexto de «Rise», «La ira es energía» era una declaración de intenciones para que la gente deje de ver la ira como algo negativo y empiece a usarla de forma creativa. La combiné con otro verso que también se repite: «May the road rise with you» [que la carretera se alce contigo].

Cuando era pequeño, había una frase que solía decir: «May the road rise, and your enemies always be behind you!» [qué la carretera se alce / y tus enemigos vayan siempre a la zaga].

Una expresión que sugiere que siempre hay motivo para albergar esperanzas y evitar recurrir a la violencia. La ira no equiva-

le exactamente a violencia. La mayor parte de las veces, la violencia no soluciona nada. En Sudáfrica, al final, encontraron una solución relativamente pacífica a través de la ira, una energía que consideramos tan negativa, pero que si se utiliza positivamente puede lograr que las cosas mejoren.

Cuando grabamos la canción en el estudio, el productor y yo no parábamos de discutir, lo cual, por otra parte, es de lo más normal. Discutir es bueno, es una forma de encontrar soluciones. Cuando lanzamos «Rise», a principios de 1986, se convirtió en el himno de una época, justo cuando la prensa decía que yo estaba acabado, que no había hueco alguno para mí. ¡Claro que había hueco para mí! Y allí es adonde fui. La ira es energía. Es imparable.

Ahora, cuando canto en los conciertos, me emociono muchísimo porque me siento muy conectado con el público. Tengo unas reacciones un tanto melodramáticas, siento que el público es pura empatía con las letras, con el sentido de la canción, con lo que quiero decir. Lo entienden perfectamente y podemos compartirlo juntos. Me quedo sin respiración. A veces oír a toda esa gente coreando me impresiona tanto que me olvido de cantar y dejo que ellos lo hagan por mí. Creo que eso es lograr el éxito total: que toda la gente en la sala llegue a comprender una experiencia tan enriquecedora.

La ira está en la raíz de mis canciones. A veces me da la sensación de que cuando compongo apenas tengo control sobre mí mismo. Si existen los ángeles de la guarda, el mío es un tío de cuidado. En mis canciones y en mi vida en general, hay mucha reflexión y también muchas experiencias. Cuando me pongo en *on*, las palabras simplemente fluyen. Porque cuando estoy *on*, estoy *ON*.

Sea lo que sea lo que tengo en mi interior, me ayuda a continuar y a ser yo mismo, a no rendirme, a tener mi propia forma de enten-

der las cosas que, de hecho, no es muy distinta a la del resto de los mortales. Mucha gente la comparte, pero yo soy el único que se levanta y habla.

Vengo de la basura. Nací y crecí en un barrio muy pobre del norte de Londres, un lugar parecido a como te imaginas Rusia hoy en día. No sólo era una sociedad extremadamente controlada sino que la sensación de estar vigilado era también enorme. La gente que nacía en este sistema de mierda, *shitstem*, como lo llaman los jamaicanos, estaba convencida de que había personas que tenían derecho de mandarte. A la familia real le dije: «Podéis pedir lealtad, pero no exigirla. No estoy para servir a nadie».

No creo que muchos británicos estuvieran de acuerdo conmigo, quizás sí lo hiciera hace siglos, pero esa forma de pensar, más libre, quedó anulada por la mentalidad victoriana. De hecho, el Reino Unido posee una estimulante tradición de desórdenes civiles que, cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, fue barrida de la vida y de los libros de historia. No obstante, los aficionados a la lectura, como yo, fuimos capaces de encontrarla.

Aprendí a leer y escribir a los cuatro o cinco años. Mi madre me enseñó. Pero luego, a los siete, cuando contraí la meningitis, me olvidé de todo, perdí la memoria por completo hasta el punto de olvidar quiénes eran mis padres. Me costó mucho recuperarla. Después del colegio me iba a la biblioteca y me quedaba leyendo hasta que cerraba. Mis padres eran geniales. Me dejaban volver a casa solo, confiaban en que encontraría el camino, aunque a veces la verdad es que había olvidado (¡literalmente!) hasta dónde vivía.

Después de la meningitis, me maravilló volver a leer (historia, geología o cualquier cosa sobre fauna salvaje; luego «subí de nivel» y leí a Dostoievski). Más o menos a los once años pensaba que *Crímen y castigo* era un libro profundamente revelador. También muy triste, pero regodearse en las miserias y penalidades de

otro a veces resulta gratificante e incluso provechoso. Es decir, por contraste te das cuenta que en desgracias y mala suerte te ganan por goleada. Los libros fueron muy importantes para mí, una especie de salvavidas.

Aquí, en Estados Unidos, hace poco surgió un debate sobre por qué cada expresidente se dedica a fundar una biblioteca, cuando es notorio que ningún político ha abierto un libro en su vida. De hecho, eso podría explicar la política estadounidense. Leer me salvó, fue una forma de regresar de la enfermedad. En la lectura me hallé a mí mismo; gracias a ella volví a acordarme de las cosas que para mí tenían sentido, me di cuenta de que era la misma persona de antes de olvidarlo todo. Pero ahora se me daba mucho mejor, era capaz de verme a mí mismo desde fuera, de salir de mí mismo y decirme: «Pero, ¿qué estás haciendo? Intenta hacerlo bien en vez de actuar impulsivamente y sin pensar». Quizás estaba metiéndome demasiada caña, sólo tenía siete años, pero es que soy tremendamente exigente conmigo mismo (y me temo que eso no va a cambiar). Nadie puede escribir algo negativo sobre mí sin que yo lo haya pensado antes; la mitad de las veces, cuando la gente se mete conmigo a saco, me siento aliviado porque creo que no se han pasado todo lo que podrían. Como verás en las páginas que siguen, soy un verdadero tirano conmigo mismo. Este libro responde al autoanálisis que he practicado toda la vida y que sigue en curso.

Cuando tenía casi veinte años, sentía que estaba preparado, listo. Y lo que sucedió llegó de una forma totalmente alucinante y sin que yo lo buscara para nada. Desde el mismo momento en que me preguntaron si quería cantar en una banda sentí que todo encajaba finalmente y me aferré a esa oportunidad. Tuve mucha paciencia: con la gente que no se presentaba a los primeros ensayos y con todo lo negativo que al principio nos pasó a los Sex Pistols. Yo no llegaba con cuadernos llenos de canciones, las letras me sa-

lían de forma natural, directamente. Mi cerebro era como una biblioteca. Me gusta tomar notas, pero normalmente no valoro mucho las cosas una vez las he escrito. Pienso más rápido de lo que escribo, digamos que tengo un buen almacén entre las orejas.

Era de puta madre poder gritar todas esas cosas y de verdad que entonces no me podía imaginar la cantidad de gente que acabaría escuchándolas. Antes de unirme a los Pistols, los había visto tocar en un club y no tenía muchas esperanzas al respecto. En aquel momento el negocio de la música era un monopolio, como lo era todo, donde parecía que los grupos a favor del amor libre de los sesenta se habían adueñado de los mejores sitios del autobús, como quien dice, y ni locos pensaban dejarlos libres.

En un año o dos, sin embargo, dos de mis primeras canciones, «Anarchy In The UK» y «God Save The Queen», dieron en la diana. Me gustaría dar las gracias al sistema británico de bibliotecas públicas, pues fueron mi campo de pruebas, allí es donde aprendí a lanzar granadas verbales. Porque yo no arrojaba ladrillos a los escaparates en nombre de la rebelión sino palabras allí donde importaba. Las palabras cuentan.

Diputados y concejales hablaban de mí e invocaban, furiosos, la ley de traidores y traiciones, la cual era letal; una ley muy antigua, que, según mi abogado, todavía podía suponer la pena de muerte. ¡Dios mío!, pero, ¿por qué? ¿Por unas palabras? Que el Gobierno pueda dictar lo que la población debe o no debe hacer es absurdo. Si somos nosotros los que los elegimos, ¿encima van a poder decirnos lo que hacemos mal? Al contrario, deberían visibilizar las cosas que hacemos bien. ¡Derechos civiles para todos! No juzguéis y no seréis juzgados.

La farsa que se montó alrededor de mí y de los Sex Pistols despertó al puñetero hijo de puta que llevo dentro. Me di cuenta de que, en efecto, las palabras podían ser armas y que así eran percibidas por el *establishment*... Menudo subidón. Sentí que de alguna

forma todo eso me legitimaba. Era un asunto realmente comprometido, serio, no un motivo de risa banal. Me disgustan todos los gobiernos. Éste al menos me estaba diciendo que me prohibían decir ciertas cosas o, en otras palabras, tener una opinión propia. Descubrí que yo era tóxico para los poderes fácticos.

Pocos cantantes pop han llegado tan lejos en este sentido. Ahora están las Pussy como-se-llamen, en Rusia. Pero antes de ellas, yo era el cantante pop que había vivido la situación más extrema, la más política y la más peligrosa. Y la verdad es que entonces yo me descojonaba. Nuestro supuesto mánager, Malcolm McLaren, se cagaba vivo, al igual que el resto del grupo. Ésa fue, básicamente, la razón por la que empezamos a distanciarnos: tenían miedo de verse involucrados en lo que consideraban un escándalo. Yo pensaba que eran preguntas que necesitaban hacerse, una investigación pública en todos los sentidos, poner sobre la mesa cuestiones como «¿qué es lo que se puede y no se puede decir?», «¿por qué “cojones” es una palabra que no puedes ni tocar?» o «¿quién decide estas cosas?». Eso es lo que me dirigió en la senda en la que estoy desde entonces: cuento las cosas como son y nunca doy marcha atrás.

Una vez vi el vídeo de un directo de Iggy Pop, sólo una canción. Estaba cantando «Down In The Street» y me quedé tan impresionado con lo valiente que era su música, tan ruidosa. Y no le temblaban las piernas, al contrario, el tío lo daba todo, A TOPE. Ahí estaba él, con su larga melena rubia, tan *lujuriosa*, y con su rímel (¡Iggy, por favor!). Me encantó porque el tío no escondía ni huía de su mensaje, para nada; parecía estar diciendo «aquí estoy, así que ve acostumbrándote». Menudo coraje. Sin concesiones.

Nadie puede esperar gustar a todo el mundo y os diré que a veces es mejor no gustar. En cualquier caso, una vez has tenido la cara dura de subirte a un escenario, *te pertenece*. No huyas, no te escondas. Yo no huyo. Nunca me he dado palmaditas en la espal-

da por lo que he conseguido, aunque he salido de la nada. Siempre he tenido problemas y, cuando terminaba uno, empezaba el siguiente. Para mí, la música no ha sido una forma de ganar trofeos. Simplemente, sentía que había cosas que era necesario decir.

Ya he hecho mi parte, como por ejemplo poner sobre la mesa los corsés y los estereotipos de los británicos. Eso lo hice con los Sexy Piss-ups [Sex Pistols], así que luego me puse a otra cosa: me dediqué a la política interior, es decir, a intentar aclararme *yo*, a entender lo que *me* pasaba *a mí*. Antes de hacer carrera señalando a los demás y juzgándolos, es mejor sentarse y ver los problemas que *uno mismo* tiene. Para eso me sirvió la siguiente banda, Public Image Limited [abreviado, PiL]. Me permitió dejar de ser tan arrogante e intentar que en la banda todos fuéramos iguales.

Así hemos conseguido hacer cosas muy buenas, importantes, interesantes. Me encanta Pubic Hair Ltd.¹ Nos enfrentamos a todo lo que se pensaba que tenía que ser la música en ese momento y cambiamos el concepto de música por completo. De hecho, hay que decir que he transformado la música dos veces en mi vida: una con Sex Pistols y otra con PiL.

Es difícil recordar los detalles, pero allá por los años ochenta o noventa, alguien me dijo: «¿No sería genial que te hicieran Miembro de la Orden del Imperio Británico?». Quizás lo decía porque pensaban que me había ablandado, pero eso es que no había escuchado mis dos discos con PiL, *Metal Box* y *Album*. La gente creía que mis letras eran menos agudas e incisivas, pero se equivocaban. Lo que pasa es que en vez de volcarse hacia el exterior se centraban en asuntos más íntimos. Por eso se suponía que el «sistema de mierda» sería capaz de domarme, mimarme y sorberme el cerebro. Pero, no, no, «Johnny, no vayas por ese ca-

1. Juego de palabras con *public* [público] y *pubic* [púbico]. (Todas las notas son de los traductores.)

mino...». Esos títulos de grandeza me provocan mucha desconfianza. No creo que sean necesarios y eso que me chifla la pompa y el boato, pero no quiero formar parte de él.

Y al mismo tiempo, paradójicamente, hace poco tuve trato con el Gobierno americano, porque solicité la nacionalidad estadounidense y me dijeron que los británicos ¡todavía tienen un expediente abierto sobre mí! ¡Qué fuerte!

Todo lo que quiero en la vida es claridad, transparencia, de manera que yo pueda saber quién está haciendo qué y a quién en todo momento. Mis únicos enemigos de verdad son los embusteros, que harían cualquier cosa por detenerme para poder continuar contaminando, sólo porque les resulta más cómodo. Tampoco aguanto a los ignorantes descerebrados que se creen todo lo que sale en los periódicos.

Sé perfectamente que los que más van a disfrutar de este libro es la gente que más me detesta y que cada línea confirmará su desprecio. Pero ése es en parte el interés del libro, POR ESO LO ESCRIBO. Mientras piensen, aunque sea negativamente, ¡al menos están pensando! ¿Acaso ya habíamos olvidado que la ira es energía?

Así que ésta es mi vida sin censura. Debería llevar el subtítulo «aunque algunos lo han intentado». Siempre he estado en contra de la censura. Son leyes que provienen de gente que no suele pensar mucho y que carece de capacidad de introspección. No conocemos el futuro, así que tirémonos a la piscina a ver qué pasa. Hay un viejo dicho que contiene una gran verdad: «A lo único que hay que temer es al miedo».

Este libro es básicamente la vida de un temerario impenitente. Me gusta arriesgarme, es algo natural en mí porque deja salir mis mejores cualidades. A principios de 2014 acepté uno de los mayores retos de mi carrera: me comprometí a irme tres meses de gira por Estados Unidos haciendo de Herodes en *Jesucristo Super-*

star. Sabía que aquello tendría su morbo y que mucha gente me pondría verde (lo cual me encanta, creedme), pero eso no es nada en comparación de lo que saqué de aquella experiencia. Me tuve que obligar a obedecer órdenes y a seguir un guion: ¡la prueba de fuego! Una semana antes del estreno del espectáculo, se canceló sin que nos dieran ninguna explicación.

Intentaré ser lo más preciso posible sin causar daños personales. Todo el mundo merece otra oportunidad por muchas veces que haya caído. He llevado una vida dura, pero no deseo convertirla en un ajuste de cuentas con personajes secundarios y perder así la perspectiva. Cedo el rencor a esas sabandijas.

Trataré de recordar lo mejor posible quién coño soy. En ocasiones no sigo un orden cronológico, pero el objetivo es ser lo más sincero y abierto posible y decir la verdad y nada más que la verdad... PERO, *puede que me equivoque y también puede que no...*

En la vida todo está interconectado. La imprevisibilidad ha marcado la mía. He abierto camino y he hecho que éste sea más seguro para los que me han seguido. Soy el elefante en la cacharrería, el que siempre dice lo que piensa y se queda hasta el final. El último hombre en pie... en un mundo donde nadie importa.

1

Nacido con un propósito

Escribí los versos «Pruebas y tribulaciones» a principios de los ochenta, quería intentar entender el caos y la confusión que acompañaron mi llegada al mundo: «When I was born, the doctor did not like me. / He grabbed my ankles, held me like a turkey. / Dear Mummy, why d'you let him hit me. / This was wrong, I knew you did not love me» [«Cuando nací, no le gusté al médico. / Me agarró por los tobillos y me sostuvo como a un pavo. / Querida mamá, por qué dejaste que me pegara. / Eso estuvo mal, supe que no me querías»]. Tres versos después se llega a la conclusión, que es que yo era un bebé muy fácil de cabrear. De esa canción, «Tie Me To The Length Of That», me siento muy orgulloso. Entonces había un montón de programas médicos en la televisión donde mostraban partos reales, lo cual rompía los moldes de lo que hasta entonces estaba permitido mostrar. Contemplar a esos bebés saliendo de sus madres y ver cómo luego les daban unos azotes en el culo me parecía alucinante. Tenían buenas razones para hacerlo, pero es una manera muy traumática de venir al mundo: pasar del paraíso uterino a esas tortas en el trasero.

Mi padre se enfadó muchísimo al oír la canción, porque hago referencia a él cuando digo «stupid drunk – then the bastard dropped me» [«estúpido borracho, luego el cabrón me dejó caer»]. Era una historia que mi tía me había contado y que mi madre repetía: que el orgulloso padre había aparecido borracho. Se había tomado el día libre y, llevado por el pánico, una cosa condujo a la otra. Nací la madrugada del 31 de enero de 1956, un

día increíblemente frío, y mi padre había estado «paniqueando» —por decirlo de alguna manera— toda la noche.

El retrato que hice de él lo enfurecí. «No fue así... Bueno, puede que sí, pero no por las razones que imaginas.» Pobre papá. No lo hice para ajustar cuentas ni para molestarlo. Como decía, sólo estaba intentando trasladar a una canción las emociones por las que debí de pasar al nacer. Por eso me encanta componer canciones: escribirlas constituye una investigación introspectiva elevada a la máxima potencia.

Hay una foto de la boda de mis padres que me parece tremendamente interesante. En la esquina derecha, al fondo, está mi tía Agnes con un niño en brazos. La explicación más plausible es que ese niño soy yo. Así que... ¡soy un cabrón! En los últimos años, he conocido a otros niños que mi madre, al parecer, tuvo fuera del matrimonio. Nunca he conseguido que nadie de mi familia me diera una respuesta sincera. A ninguno le gusta hablar, silencio absoluto, de manera que todo es un misterio. Sin duda, hasta que consiga desentrañar el misterio de mi propia vida y mi propia situación, veo difícil ocuparme de otros presuntos miembros de mi familia.

No tenía certificado de nacimiento y pensé que quizás ni siquiera había nacido en Londres. Mi padre estaba preocupado porque lo llamaran al Servicio Militar, así que se escondió durante un tiempo. Por motivos obvios, no puedo ser muy explícito sobre este asunto, porque mis padres tampoco lo eran. Era como intentar sacar sangre de una piedra. «Oye, ¿pertenezco a esta familia?», «bueno, no sé yo...», ése era el sentido del humor de mi madre, que me costaba mucho pillar cuando era joven. Me tenía en un constante estado de alerta, sentía que de repente las cosas podían volverse del revés. Los padres tienen muchas tretas, muchos juegos para burlarse de sus hijos. Resultan muy útiles en la edad adulta.

Mis padres me enseñaron a ser sagaz, que es mucho mejor que ignorarte y contarte el cuento del ratoncito Pérez. En mi casa se jugaba a otro nivel. No me atiborraban con fantasías. Nosotros teníamos claro que si Santa Claus bajaba por la chimenea se quemaría y que luego, probablemente, la gente del barrio lo molería a palos por la pinta de pedófilo que tenía.

En aquellos días, las cosas eran un poco diferentes. No te fiabas de nadie. Mi madre y mi padre eran gente un tanto simple. Ojo, no tontos, para nada, eran listos a su manera, porque eran supervivientes, pero siempre se sintieron manipulados por la forma en que funcionaban las cosas en Inglaterra.

Mi padre, John Christopher Lydon, procedía de Galway y estaba acostumbrado a trabajar con todo tipo de maquinaria pesada. Llegó a Londres con catorce años buscando trabajo en las obras de construcción y enseguida se hizo con un permiso para conducir grúas y cosas así. Nunca se consideró un *quitaescombros*.

Su padre era un personaje violento, camorrista y *raro*. Había llegado a Inglaterra antes que mi padre y vivían cerca, pero nunca se gustaron mucho. Mi padre se pasaba el día en su casa, intentando conectar con mi alma de alguna manera. Era muy triste. Le llamábamos «el Viejo», aunque la verdad es que nunca se pareció a un búho.² Era un fumador impenitente. Siempre olía a tabaco y nunca le faltaba una colilla en la boca. Tenía una voz gutural y no se le entendía bien porque era alcohólico, además de un playboy entre las prostitutas. Era extraño ver esa relación.

Mi madre, Eileen, de una forma callada y discreta, era muy cariñosa y encantadora. En casa no se hablaba mucho. Lo único que necesitas cuando eres pequeño es la atención de los adultos, pero el tipo adecuado de atención. Mi madre siempre tuvo pro-

2. En el original, juego fonético intraducible entre *old fella* (literalmente «tipo viejo») y *owl fella* («tipo búho»).

blemas de salud. Mis padres tenían sólo diecisiete o dieciocho años cuando se casaron y enseguida empezaron a tener hijos.

La familia de mi madre, los Barry, procedían del condado de Cork, de un lugar llamado Carrigrohane, en Irlanda. Al parecer se conocieron mientras él estaba trabajando allí. Íbamos todos los veranos de vacaciones a la granja sólo para complacer a mi madre. Allí no nos podían ni ver, y nosotros, lo cual era muy molesto, teníamos que aguantarnos. Nos sentábamos y nadie hablaba. Mis abuelos maternos tampoco eran grandes habladores, así que toda la familia podía sentarse en silencio días y días, como si fuera necesario apuntarles con una pistola para que pronunciaran palabra. Tenían una forma de ser muy tranquila (y muy extraña). Mi padre se volvía loco, porque, a su manera, le encantaba hablar.

Sentían una especie de rencor soterrado contra él. No le dirigían la palabra y él se contenía. Creo que quizás aquello se debía a que, según ellos, él no estaba a la altura de ella, lo cual es muy extraño, porque años después me enteré de que mi abuela materna había sido condenada al ostracismo por casarse con Jack Barry, que fue una especie de héroe en la lucha por la independencia (me troncho...).

Por lo visto la familia de ella «tenía dinero», algo que en Irlanda significa tener una granja. Jack construyó la suya propia después de la guerra, cuando el sur conquistó sus derechos. No le fue mal, pero tenía prejuicios y los irlandeses pueden ser increíblemente esnobs, mucho más incluso que los ingleses con su sistema de clases. Eso siempre estaba latente. En Londres vivíamos en un barrio pobre y deprimido. La gente allí era la hostia de pobre, nosotros incluidos. Vivíamos en Benwell Road, donde el Arsenal ha construido el Emirates Stadium. Estaba justo al lado del puente de las vías del tren, en un bloque de viviendas subvencionadas de Guinness Trust llamado Benwell Mansions. Había un local en el bajo que cuando nos mudamos había ocupado un vaga-

bundo, Tom «el Mierdas». Bajabas por un vestíbulo y nosotros vivíamos en dos habitaciones que rodeaban el jardín trasero: una cocina y un dormitorio. El baño era exterior, lo que significaba que te acostumbrabas rápidamente a usar el orinal. También había un refugio antiaéreo, pero como la gente lo utilizaba de basurero, estaba lleno de ratas.

En el dormitorio vivíamos mi madre, mi padre, yo y mis hermanos pequeños a medida que fueron llegando: Jimmy, Bobby y, para terminar Martin. Así que éramos seis: dos adultos y cuatro niños. Como familia no éramos muy de toquetarnos, tampoco era necesario. Dos camas dobles y una cuna en una habitación con una estufa de aceite: te tocabas aunque no quisieras. Lo último que deseabas eran unos buenos achuchones. De todas formas, en invierno estábamos todos envueltos con capas hechas de abrigos viejos.

El alquiler era de unas seis libras al mes. Hasta hoy, cuando oigo un comentario racista tipo, «mira esos *pakis* de mierda, ocho en una habitación», pienso «no sólo son las palabras de un racista, es que yo crecí así». Y sé que también es el caso de la mayoría de mis vecinos de entonces. No pensábamos que aquello tuviera que ver en absoluto con el color de nuestra piel sino con la miseria.

Cuando Tom «el Mierdas» se murió, nos mudamos al local del bajo. Aquel hombre no tiraba nunca nada, así que imaginaos la montaña. Y el olor no se fue durante mucho tiempo porque allí estuvo muerto una semana sin que nadie lo advirtiera. Parece que siempre me rodeo de cadáveres malolientes.

Desde pequeño tuve que acostumbrarme a limpiarles el culo a mis hermanos. Por pura necesidad, así eran las cosas: mi madre estaba enferma todo el tiempo y alguien tenía que hacerlo. Ahora lo pienso y no me desagrada en absoluto, es algo humano. Es genial que mi madre me lo pidiera, porque lo hacía a gusto, me gus-

taba esa responsabilidad. Sabía que quizás tuviera que levantarme al amanecer y no importaba hacer *porridge*.³ Y también me gustaba poner en orden las cosas.

En mi barrio eso era muy corriente: había muchas personas que se hacían cargo de los más pequeños. Son valores comunales que por desgracia están desapareciendo. No lo digo en un sentido romántico o sensiblero, porque me imagino que antes de la Segunda Guerra Mundial las cosas eran así: «Yo te odio más que tú a mí». No creo que entonces hubiera mucho espíritu comunitario, más bien ricachones victorianos por un lado y muertos de hambre por otro. Pero después de la guerra, supongo que la comunidad se convirtió en otra cosa: tocaba juntarse porque no había otra manera de sobrevivir.

Mi padre estaba fuera gran parte del tiempo. Cuando tenía más o menos cuatro años, vivíamos en Eastbourne. Aquello era un infierno. Mis recuerdos de ese sitio son terroríficos porque nuestro piso estaba justo a la orilla del mar y por la noche me asustaba muchísimo escucharlo. No podía evitar pensar que una ola nos arrastraría y moriríamos ahogados. Mi madre era quien se ocupaba de nosotros casi siempre. Y con mi padre fuera, no me importaba nada ocuparme yo también de ella. Me gustaba asumir esa responsabilidad. Es algo instintivo en mí, me gusta cuidar de la gente.

Mi madre estaba siempre muy preocupada. Por aquellos días, era usual que los ligones del barrio se pasaran por mi casa de vez cuando, porque sabían que había una mujer sin protección. De repente alguien llamaba a la puerta y ella decía: «Cerrad las cortinas, no hagáis ruido, esperad a que se vaya». Crecimos con un sentimiento de recelo hacia los extraños. Hacia los hombres. «No confíes en ellos.» Tenía un fuerte sentimiento protector hacia mi

3. Gachas de avena.

madre. Cuando pienso que alguien puede hacer daño a mi familia o a mis amigos, se me va la olla. Ahí es cuando Gandhi saca el bazuca.

Mi madre siempre estaba enferma. Sufrió infinitos abortos y eso tampoco la ayudó. Supongo que por aquel entonces no se sabía mucho sobre métodos anticonceptivos. De hecho, seguramente lo habían considerado pecado mortal de acuerdo con la doctrina de la Iglesia (los curas católicos: siempre imponiendo hijos a la gente).

Una vez tuvo un aborto y yo era el único que estaba en casa. Teníamos parientes que vivían muy cerca, pero, amigo, hay veces en la vida en que estás solo. Es muy fuerte llevar un cubo con el aborto y todo, había dedos y cosas así, y tener que tirarlo por el váter. No teníamos teléfono, así que primero tuve que encargarme de todo eso y luego de ir a buscar al médico, que estaba bastante lejos andando.

Había otros miembros de la familia cerca cuando hacía falta. Mi tía Agnes, casada con el hermano de mi padre, vivía en las mismas viviendas de Benwell Road. También estaba mi tía Pauline, que vino a vivir con nosotros cuando todavía estábamos en las dos habitaciones de Benwell. Al pensar en ello ahora, como adulto, me imagino lo difícil que debió de ser para mi padre y mi madre dormir en una cama y tener otra justo al lado con Jimmy, mi tía y yo: calentito y comfortable, ¿no? Pues más bien todo lo contrario.

Yo adoraba a mi tía Pauline. Ella era como la hermana mayor que nunca tuve, tan increíblemente cariñosa y al mismo tiempo tan ausente, al estilo Barry. Cuando Tom «el Mierdas» se murió, tuvimos una habitación más para la tía Pauline (y aquí entra en escena el tío George, al que yo adoraba, era estupendo). Unas Navidades fuimos a la iglesia, pero tía Pauline prefirió quedarse en casa. Cuando volvimos les había mordido las cabezas a los solda-

ditos que me acababan de regalar. Todavía hoy desconozco el motivo. Cuando George volvió, me trajo una casa montable del estilo de Lego, pero obviamente más barata. Abrió el paquete y paré de llorar. Jugué con él toda la tarde y nunca lo olvidaré, porque pasó mucho tiempo conmigo enseñándome cosas y consiguió ganarse mi interés.

Unos años más tarde, se casó con Pauline y se fueron a Canadá. La boda me impresionó bastante por muchas razones, sobre todo por conocer al hermano de George. No me acuerdo de su nombre, pero era un absoluto *hooligan* de los Celtics, con una cicatriz en ángulo que le cruzaba la cara y un acento cerradísimo. «No *paisha ná*. Me *lan* hecho con un hacha.» ¡Madre mía! ¡Qué fuerte! Este tío era un puto peleón callejero. ¡Hostia puta!

Mientras, mi madre se dedicaba a hacer de mí un ser humano inteligente. Fue ella la que me enseñó a leer y a escribir a los cuatro años, mucho antes de ir al colegio. Cuando me tocó entrar en la escuela de primaria Eden Grove, un colegio católico, me convertí en un problema para las monjas porque era un zurdo que ya sabía escribir perfectamente. Así que me decían algo así como: «Siéntate en ese rincón hasta que la clase te alcance». En el colegio reinaba la desidia; además, por algún motivo (y eso que yo era muy callado y tímido), me gané el rencor de las monjas. Me atacaban con frases como «eres zurdo, ésa es la señal del demonio». ¿Qué tipo de mensaje es ése, decir eso a un niño de cinco años sólo porque ya sabe leer y escribir? ¿Qué clase de malvada estupidez es ésa? El desagrado que sentían por mí continuó, quizás porque me consideraban «un listillo» o algo así. Normalmente nos golpeaban en la mano derecha con la parte afilada de la regla, pero, como yo escribía con la izquierda, me pegaban en la izquierda, para asegurarse de que escribiera con la otra. Pero era incapaz: no estoy cableado así. Era completamente ridículo porque ni siquiera necesitaba que me enseñaran a leer ni a escribir. Ya había aprendido en casa.

Eden Grove era un colegio estrechamente vinculado a la Iglesia católica: de hecho, todas las clases del piso de arriba daban, literalmente, a la iglesia por medio de una rampa y, las de abajo, a través del patio, así que era imposible sortearla. Todo era sacrosanto y todo lo que hacías era malo y Dios te iba a castigar: una actitud muy peculiar. Nada que ver con lo que espera un niño de cinco años del mundo, es decir, que la gente no sea tan retorcida.

Los curas siempre me metían miedo. De niño, ir a la iglesia me resultaba aterrador. Me daba la sensación de que aquellos cosas no eran muy diferentes de Drácula y de los personajes de las películas de terror de Hammer, como Christopher Lee. Los curas solían dirigirse a ti de una manera dogmática y dictatorial, juzgándote con condescendencia. Las monjas eran peores, unas viejas malolientes y amargadas que odiaban a la humanidad. ¿Esposas de Cristo? ¡Seguro que él fantaseaba con otras cosas!

Algunos de los lugareños no estaban muy contentos con los inmigrantes irlandeses y mucho menos con tener un colegio católico, con iglesia y todo, en medio de un barrio obrero. Lo veían como supongo que se perciben las mezquitas en este momento, como algo absolutamente ajeno. Quien tuviera algo que ver con el colegio era considerado un extraño.

Nunca me he sentido irlandés, yo soy inglés, vengo de Inglaterra. Siempre me lo recordaban cuando iba a Irlanda. «No eres irlandés», solían decir los lugareños y entonces yo recordaba lo que dice la canción de los Magazine: «*Bloody hell, shot by both sides here*» [«Joder, me disparan por ambos lados»], un verso que todavía me viene al pelo.

Mis hermanos y yo hablábamos la jerga local, pero había olvidado lo cerrado que era el acento de mis padres. El de mi madre era genuinamente de Cork y muy campesino. Después de que Malcolm falleciera, un día en que estábamos viendo películas de los Sex Pistols y encontré la cinta de una entrevista a mi madre.

La cinta había estado mucho tiempo sepultada en un almacén y, cuando volví a oírla, me quedé atónito de lo cerrado y difícil de entender que era su acento. Me resultaba casi ininteligible.

Mis padres intentaban ser religiosos, pero aquello no les acababa de funcionar. En la Iglesia Católica todo está relacionado con el dinero y nosotros no teníamos un céntimo. Los domingos nos arrastraban a la iglesia, pero eran lo suficientemente buenos como para no llevarnos a la misa de primera hora de la mañana sino a la de las siete de la tarde. Eso nos parecía genial, porque así nos perdíamos Jess Yates y su programa de televisión *Stars On Sunday*.

En el colegio, intentaba entender todo por mi cuenta. Si alguien me pregunta si era consciente de que se cometían abusos sexuales, la respuesta es la siguiente: «Joder que si lo sabía, por supuesto que había abuso: institucionalizado, encubierto y permitido». Todo el mundo sabía que había que correr cuando venía a visitarnos el cura y que tampoco había que meterse en el coro ni de monaguillo ni de nada de esas cosas por nada del mundo, porque implicaba contacto directo. Por eso me esforzaba por desafinar, porque sabía que de otra forma me metería en terrenos pantanosos. Así que el gusto por cantar me lo quitaron los putos curas. No podéis imaginar la alegría que me dio unirme a los Sex Pistols y hacer del mundo un lugar mejor: fue una especie de revancha.

A pesar de todo esto, yo era un pollito tranquilo y feliz. Convivía con la suciedad y la pobreza e Inglaterra acababa de salir del período de racionamiento, pero creo que a mí lo que más me importaba era pasármelo bien los días calurosos de verano, esos que llamábamos «días de ensalada». Cuando era joven no entendía qué significaba esa expresión porque la ensalada no me gustaba nada. Lo que mi madre entendía por ensalada era una montaña horrorosa de hojas verde pálido con salsa de ensalada Heinz. Lo

único bueno que tenía era la remolacha porque siempre me ha encantado la remolacha en vinagre, soy capaz de abrir un bote y comérmelo entero de una sentada. Y también me encantaban las grosellas y mi madre compraba en verano, aunque ahora no las aguanto. Son horribles. No sé cómo podía soportar algo tan amargo. Era una tortura comérselas, pero quizá por entonces tuviera escorbuto o deficiencia de vitamina c y eso provocaba que me entraran muchas ganas de llevármelas a la boca.

Me gustaba la ropa que nos ponía mi madre. Adoraba los chalecos escoceses y los trajes de chaqueta de cuadritos de tres piezas, con chaleco y pantalones cortos. Me encantaban. Era como decirle al mundo: «Mi pandilla y yo vestimos así, ¿pasa algo?». Nos vestía bien, a los dos igual, a Jimmy y a mí, pero no me importaba. Era muy distinto de lo que otros niños llevaban y quizás por eso comencé a comprender que era importante tener un gusto propio.

Con el tiempo lo he apreciado todavía más, porque ahora soy consciente de lo pobres que eran y entiendo el esfuerzo que les costó llevarnos así. Siempre teníamos la sensación de que no nos podíamos permitir comprar nada. Me acuerdo de un día en que casi nos morimos de hambre. Es un recuerdo al que incluso tengo cariño. No teníamos ni un penique y lo único que había para cenar era una lata de sopa al curry Heinz. La había comprado mi padre para darnos la bienvenida. Así que allí estábamos los cuatro alrededor de una lata de sopa. Ya no creo que la fabriquen (y con razón). Era una sopa al curry y para nosotros, entonces, el curry era algo incomible, muy picante. Uno podía pensar: «Antes de comer eso me muero de hambre». Pues muere.

Veía grandes casas y cosas por el estilo, pero no sentía que me atañeran de ninguna forma, no lo entendía. Para mí era un sinsentido que la gente viviera en sitios tan grandes. Solía preguntarme, ¿qué hacen en todas esas habitaciones? ¿Cómo pueden

dormir por la noche sabiendo que hay que cerrar el pestillo de todas esas ventanas?

Me encantaban los veranos porque significaba que estábamos fuera todo el día; no teníamos que ir a casa para nada, de hecho, te olvidabas de que existía. Me enfadaba muchísimo cuando os curecía. Oías los berridos: «¿¿¿¿¿Dóooooonde estáis!!!???». Todavía quedaban ruinas de los bombardeos y había un montón de niños correteando a su antojo. Esas ruinas eran un parque de aventuras en todos los sentidos, tan emocionantes, sorprendentes, algo maravilloso para un niño. Nunca te aburrías, siempre había algo que desentrañar y que explorar y, además, también estaban las fábricas.

Joder, cuando uno tiene cinco, seis o siete años, colarse en una fábrica es muy divertido. Toda la zona entre Benewell Road y Queensland Road había quedado derruida por la guerra, pero estaban erigiendo fábricas alrededor. Teníamos una pandilla (para cualquier cosa nos juntábamos al menos veinte niños) y montábamos escaleras con los ladrillos de las ruinas para subir por las paredes. Una vez llegábamos al tejado, era muy fácil entrar, simplemente tenías que dejarte caer. Era todo un desafío y me chiflaba. Estaba la fábrica de helados Walls al principio de la Queensland Road y entrar nos atraía enormemente, pero resultaba imposible. Era demasiado moderna y tenía contraventanas y verjas de hierro, además de candados. En su lugar, esperábamos a que cargaran las furgonetas y, cuando los obreros se iban a cargar la carretilla, intentabas afanar un polo. Lo que fuera por conseguir un Raspberry Split, que era el polo de moda. Helado por dentro y hielo con sabor a frambuesa por fuera: el polo más rico del mundo, hacías lo que fuera por conseguir uno gratis.

El hielo que usaban entre las cajas de helados no era nitrógeno líquido sino algo parecido; hay alguna sustancia química para conservarlos fríos mientras los transportan entre la fábrica y el

camión. Una vez, para hacerme el chulo, puse la lengua en lo que parecía un bloque de hielo, pero no lo era. ¡Se me quedó pegada y al intentar separarla me dejó una tira de piel!: «¡Venga, atrévete a chuparlo!». «Uuuuuurrr, me atrevo a todo, estoy loooooo» «¡Corre, que vienen!»

Otra vez me pillaron colándome en una fábrica con mi primo Peter, Jimmy y otros dos chicos. Los maderos nos llevaron a casa a Jimmy y a mí y debieron de notar nuestra cara de angustia. Mi padre abrió la puerta y dijeron: «¿Son éstos sus hijos? Les he pillado forzando la entrada...». Él dijo: «No son míos, no tienen nada que ver conmigo». Obviamente, se estaban haciendo señas y guiñándose el ojo; el policía continuó: «Bueno, la cuestión es que no sabemos qué hacer con ellos. Quizás deberíamos llevarlos al norte y dejarlos allí». ¡Dios mío, qué sensación de abandono! No parábamos de llorar, parecía que de verdad nos iban a llevar al norte. Supongo que ambas partes se estaban tronchando de risa. Sólo habíamos entrado en un garaje vacío, allí no había nada. Fue un modo bastante inteligente de advertirnos «manteneos lejos de lo que no es vuestro» y «que no os pillen», que era el lema de mi padre. «Si vais a hacer el puto imbécil, que no os cojan, ¡no me avergoncéis!»

Así que al final nos dejó entrar en casa, pero nos hizo esperar fuera un buen rato y pensar en lo que habíamos hecho. Y funcionó. Terminó con la racha de meternos en la propiedad ajena. ¿Quién sabe adónde nos hubiera llevado? Es un terreno resbaladizo: el hurto, el asalto... y pensar que tienes derecho a disponer de las cosas ajenas. Pero así era Londres.

No había muchos coches, las calles estaban vacías y mal iluminadas y había cientos de niños sin vigilancia, haciendo lo que les daba la gana entre los cascotes de los bombardeos. Bueno, no del todo, algo de vigilancia sí había: «¡Sal y aprende! ¡Y cuando vuelvas, no traigas a la policía!».

La meningitis provenía de las ratas. Había ratas por todas partes. Mean en el suelo y, como hacen los roedores, arrastran la parte posterior de su cuerpo y dejan un rastro. Y, por entonces, yo hacía barquitos de papel y los dejaba flotar en los charcos del patio, tocaba el agua y luego me tocaba la boca, así es como me infecté.

No pasó de la noche a la mañana. Primero tuve unos dolores de cabeza horribles, ataques de vértigo, desmayos, veía cosas que no existían, como dragones verdes que respiraban fuego. Eso era lo más terrible de todo, sentirme aterrorizado por algo que sabía que en realidad no existía. Pero no podía evitar que mi cuerpo reaccionara de ese modo. Me daban ataques de miedo y me ponía a gritar.

La víspera de mi ingreso en el hospital, comí una chuleta de cerdo y no las he vuelto a probar en mi vida. No puedo ni verlas. Ni olerlas. No me importa el beicon churruscado, pero una chuleta de cerdo... ni en broma, porque durante años les eché la culpa de todo y llegué a convencerme de que fue la chuleta lo que provocó la enfermedad. (Qué sano soy...)

A la mañana siguiente, cuando mi madre se dio cuenta de que había empeorado, llamó al médico y me desmayé durante su visita. Lo siguiente que recuerdo es estar en una ambulancia. Luego me volví a desmayar y meses más tarde me desperté en un hospital. Estuve en coma profundo seis o siete meses. Cuando estaba en coma, no sentí nada en absoluto.

Al despertar, recuerdo unos dedos que se movían frente a mis ojos. «Intenta seguirlos», me decían. Y yo no lo hacía porque, aun estando grave, creía que debía fingir estarlo aún más. ¿Qué pudo llevarme a hacer algo así? Pero me acuerdo de ello, como si ya entonces fuera un tramposo cabroncete, incluso conmigo mismo, alguien discretamente malvado aunque estuviera enfermo.

Estaba en el hospital Whittington, que siempre asocio con Dick Whittington,⁴ es una agradable asociación de ideas. Estaba en una sala enorme con cuarenta niños, muchos en un estado más grave que el mío, así que no podía sentir autocompasión. En medio había una gran biblioteca con libros fascinantes, algunos superaban con mucho mis capacidades, pero precisamente por ello me seducían aún más. Es extraño lo que se borra y lo que no. No me había olvidado de leer, pero no podía hablar, el lenguaje hablado había desaparecido. Yo pensaba que articulaba palabras, pero luego me dijeron que sólo emitía ruidos.

Algunas veces, hasta tres veces al día, drenaban el líquido de mi espina dorsal: la horrible punción lumbar. «Vas a sentir un pinchazo en las lumbares, John.» Dolía mucho cuando insertaban la aguja en la base de la columna y, luego, cuando habían sacado el líquido, lo sentías a lo largo de la espalda y la cabeza. Era absolutamente nauseabundo. Desde entonces tengo pavor a las agujas. Las odio. A los futuros yonkis les recomiendo que antes de nada se hagan una punción lumbar, así probablemente cambiarán de idea. Que te pinchen la espalda de ese modo es espantoso y hasta embarazoso, incluso para un crío de siete años. Siempre he pensado que mi culo es mío y no me gusta que me lo miren. Las enfermeras me dejaban literalmente clavado cuando me sometían a semejante tortura. Me ponía a gritar de miedo porque sabía que el dolor iba a empezar de nuevo.

Aquello sin duda afectó a mi postura corporal de por vida. Aquella práctica curvó mi espalda, algo que puede suceder si se drena demasiado líquido. Se suponía que tenía que pasear sujetando el palo de una escoba con ambas manos para arquear ade-

4. Fue alcalde de Londres a principios del siglo xv y pasó a la historia por una canción folclórica, *Dick Whittington and his cat*, que narra la historia de la fortuna obtenida gracias a las habilidades de su gato. La historia se ha adaptado como musical, película de dibujos animados, libro infantil...

cuadramente la espalda y lograr mantenerme de pie totalmente recto, pero hasta el día de hoy, cuando estoy de pie e intento estirarme al máximo, me mareo. Por lo visto, se interrumpe el suministro de sangre al cerebro, así que prefiero andar como Ricardo III.⁵

También me afectó a la vista. Tuve que llevar gafas durante mucho tiempo, pero al final no las aguanté. Veo bien de lejos, con bastante claridad, pero de cerca... hasta cortarme las uñas es una tortura porque veo todo borroso. No tengo más remedio que llevar gafas. Para distinguir las caras de las personas, me veo obligado a fulminarlas con la mirada. La gente suele pensar que doy mucho miedo. Qué suerte tengo, ¿no? (ja, ja).

Después de otros cinco meses de recuperación en el hospital, me había acostumbrado por completo a la institución. Había llegado un punto en el que me sentía cómodo no sabiendo nada. Un estado que, gracias a Dios, ni los médicos ni mis padres ni nadie estaban dispuestos a tolerar.

Mis padres tuvieron que sacarme de allí a pesar de mis gritos y pataleos. Me dijeron quiénes eran y yo tuve que creerlos.

—Tienes que venirte con nosotros, eres nuestro hijo, te queremos.

—¿Y cómo sé que eso es verdad?

Volver a casa fue muy confuso porque yo no sabía dónde estaba. Era como estar en una sala de espera y olvidar para qué has ido, como cuando te dejan tanto tiempo esperando que te olvidas del motivo de la visita o cuando vas a darte de alta en el paro, era ese tipo de sentimiento de abandono. No lograba adaptarme, me costó muchísimo tiempo. ¿Qué pintaba yo con esos extraños? No tenía ningún sentido. La única manera de poder acercarse a mí, porque estaba en un estado de constante agitación y pánico, era

5. Supuestamente, Ricardo III era jorobado y cojo.

lograr que me acordara, con toda la tranquilidad de la que era capaz, de por qué estaba tan molesto, del motivo por el cual nada me resultaba familiar, y convencerme de que ésa era mi casa *de verdad*.

Por raro que parezca, nunca me sentí fuera de lugar con mis hermanos. Con ellos me sentí a gusto desde el primer momento: nunca actuaron como si me pasara algo malo, que es lo que hacían los adultos. Para ellos yo estaba perfectamente. Jimmy decía cosas como «¿dónde has estado? ¡No te visto en un montón de tiempo!» yo respondía «no lo sé». Él pensaba que a lo mejor me había ido yo solo de vacaciones.

Por fin empecé a aceptar a mis padres, fue como si una puerta se abriera en mi mente. Algo hizo clic en mi cabeza y los recuerdos comenzaron a fluir. Tuvo que pasar mucho tiempo para que recobrarla la memoria por completo, pero acabó sucediendo, poco a poco y fragmento a fragmento. Vivía cada pequeño logro con una intensa alegría. Corría hacia mi madre, me moría de ganas de contarle lo que había recordado y que de repente entendía las cosas que me había contado.

Aceptar por fin que mis padres eran quienes decían ser fue un hecho crítico y revelador. Se habla mucho de la culpa católica, pero, creedme, negar a tus propios padres produce un sentimiento de culpa mucho mayor que ése con el que te putean los curas. Una culpa enloquecedora. Pero también es maravilloso darte cuenta de que nunca te mintieron, de que sí eran quienes decían ser. ¡Qué revelación más maravillosa!

Lo que nunca llegué a creerme es que tenía que volver al colegio. Eso no me lo tragué jamás. Ahora estoy quitándole importancia, pero lo digo muy en serio. Es el modo en que un niño de ocho años reacciona cuando lo llevan a su casa y no se acuerda ni de una puta cosa. Más de una vez me olvidaba del camino a casa y me pasaba un buen rato dando vueltas. Entraba en las tiendas. Menos mal, porque debido al espíritu solidario me de-

cían: «Ay, ¡tú eres el niño que se puso enfermo!, ven, que te enseñe dónde vives». Pero a mí me daba rabia y decía: «¡Yo no estoy enfermo!».

En cuanto a la rehabilitación, el Servicio Nacional de Sanidad no hizo nada en absoluto. Mis padres me contaron que lo único que les dijeron en el hospital es que nunca cedieran, me consintieran o me mimaran, porque entonces me volvería perezoso y el problema no se resolvería nunca. La agitación que sentía me dio que pensar, porque, a veces, la inquietud es una herramienta muy poderosa.

El estado más o menos me había abandonado y el colegio sin lugar a dudas. Pasan tantas cosas en un año y yo iba tan atrasado con respecto a los demás niños... Daba igual que hubiera estado a punto de volverme loco: el hecho era que había perdido un año. Readaptarme fue muy difícil. Ese primer año estuve solo y sin amigos porque los niños no querían acercarse: «Está enfermo, aléjate de él».

Odiaba los recreos porque no hacía nada. Nadie me dirigía la palabra. Por el colegio circulaba el rumor de que me había quedado un poco «colgado» y así es como acabé: vetado, expulsado. Sé lo que es la soledad y es la hostia de dañina. Las únicas personas que me hablaban en el recreo eran las empleadas del comedor, unas señoras irlandesas muy amables: «Nos hemos enterado de que has estado enfermo, ¿cómo estás?». La verdad es que yo no recordaba haber estado enfermo, simplemente me hacía la misma pregunta: «¿Por qué estoy aquí?».

Para tener algo que hacer, pensé en quedarme hasta más tarde y apuntarme a los Cub Scouts. Me parecieron horribles, me asustaba sentarme en círculo y cantar «¡dob, dob, dib!» . Menuda tontería y, además, era antisocial, porque todo funcionaba a base de manuales con reglas y tenías que comprarte un uniforme y, cuando ganabas tal o cual insignia, te daban nose cuántos puntos.

En media hora me di cuenta de que era una pérdida de tiempo. El jefe era un tío siniestro con aspecto de cura, oscuro y sombrío. Al sonreír, enseñaba los dientes y apretaba las mandíbulas de una manera muy tensa. Sólo duré una noche.

Una monja me llamaba «tonto del bote» y todo el colegio empezó a llamarme así. Es estremecedor lo que esas hijas de puta te pueden hacer pasar. Pasé de ser el niño que sabía leer y escribir a los cuatro años a convertirme en el «tonto del bote». Me costó muchísimo superarlo, pero lo conseguí. En un año o dos volví a sacar sobresalientes. Esas cabronas me hicieron la vida imposible, así que tuve que educarme yo solo. Y seguí adelante. Si había un libro, lo cogía y me ponía a leer. *Adoraba* leer. No los periódicos. Me aburrían. Son las opiniones de ayer, siempre lo he pensado. No. A mí me gustaban los libros de cualquier tipo y condición. Tras la enfermedad me apunté a un curso que había en la biblioteca local después del colegio. Allí me quedaba pintando hasta las nueve de la noche y luego me iba a casa cargado de libros, que leía hasta quedarme dormido. Tenía un miedo atroz a no volver a despertarme o a despertarme y no acordarme de nada otra vez. Sinceramente, eso es lo peor que te puede ocurrir.

Lo que aprendí es que cuanto más duro trabajas, más obtienes. De hecho, me gusta en igual medida trabajar mucho que no hacer nada en absoluto. Me gusta que mi vida oscile entre ambos extremos. Cuando tenía unos diez años, un amigo de la familia me dejó encargarme de gestionar un servicio de minitaxis los fines de semana. A pesar de que todavía estaba intentando recordar quién coño era yo, ya era lo bastante inteligente para hacer bien ese trabajo.

Me encantaba la presión, el estrés. Tenías que tener una memoria clara y precisa. Me tocaba gestionar el trabajo de dieciséis conductores al mismo tiempo y tenía que acordarme de dónde estaban todos en todo momento, tenía que llamarlos, hablar con ellos por radio y programar los servicios por adelantado. Me en-

cantaba estar siempre al borde del ataque de nervios, justo a punto de cagarla y sin que el desastre llegase nunca a producirse. Esa responsabilidad hizo que me sintiera orgulloso y eso me ayudó infinitamente.

Pronto descubrí que las palabras eran mi arma. Comprendí que siendo gracioso podía resolver una situación tensa y evitar que me acosaran. La frase adecuada era capaz de descolocar y divertir y, así, podía lograr que me aceptaran, quizás como un tío raro, pero interesante al fin y al cabo. Ni que decir tiene que, cuando dirigía mi artillería contra los profesores (a los que consideraba una pandilla de pringados y vagos), despertaba el interés de toda la clase. Me convertí en una especie de portavoz del terror sin tener que recurrir a la brutalidad o a la violencia. Siempre me aseguré de que mis argumentos eran correctos, no se trataba simplemente de interrumpir o molestar. Mi ambición es llegar adonde yo quiero, conseguir el grado de información que necesito y a continuación ocuparme del siguiente problema.

Cuando perdí la memoria, esperaba que los demás me explicaran qué era cada cosa. Y era vital para mí que me dijeran la verdad porque necesitaba desesperadamente sus respuestas. Sigo siendo así. Deseo creer lo que las personas dicen. Y soy muy abierto y confiado, pero algunas personas se aprovechan de eso (como bien sabemos), gente que oculta motivos egoístas.

Durante los años siguientes, recobré la memoria y mis recuerdos de manera casi fotográfica, por lo que no soy muy dado a exagerar las cosas que me han sucedido. Son tan importantes para mí que me aferro a ellas. No sé cómo explicarlo, pero las fantasías se crean a partir de la realidad y hay una manera de hacerlo. Incluso antes, cuando tenía visiones y pesadillas terribles, antes de ir al hospital, veía un dragón en un extremo de la cama y mi madre y mi padre me decían: «No hay ningún dragón». Y yo sabía que tenían razón, que no había ningún dragón. No es que lo viera, sino

que mi cerebro me estaba diciendo que estaba allí. Sabes que el cerebro te está engañando. Por eso pienso que existe algo diferente al cerebro que podría llamarse alma. Ambos se comunican, cerebro y alma, pero yo los veo como entidades separadas entre sí.

Francamente, no soy muy fantasioso. No me queda espacio para eso. Puede que a veces eso me lleve a meter la pata y a ser un poco cortante. Detesto perder el tiempo. Me cuesta muchísimo levantarme por la mañana, pero mucho más irme a la cama. No me gusta dormir. Me asusta, por si no me despierto o me levanto sin acordarme de nada. Supongo que eso me va a pasar hasta que me muera. Así que, como no va a cambiar, prefiero mantenerme despierto y alerta. Puede que en ocasiones haya contado con «ayuda adicional» para conseguirlo (ja, ja).

Durante un tiempo, tras abandonar el hospital, seguí teniendo visiones realmente terroríficas. Había una con un hombre con aspecto de cura. Todavía me visita de vez en cuando. Es muy alto y delgado, moreno, de ojos negros, muy, muy malvado y me mira fijamente. Lo paso fatal: a veces aparece en mis sueños y me obligo a enfrentarme a él. Si lo consigo, se marcha. Pero es muy difícil hacerlo. Cuando estás soñando, apenas tienes control. Pero de un modo u otro, creo que sí he logrado controlar mis sueños. Son años de práctica.

En resumen, sobreviví a una enfermedad muy grave que tuvo efectos en el modo como funciona mi cerebro y que explica por qué soy como soy. Por investigaciones recientes sobre el funcionamiento del cerebro y por cómo la ciencia actual entiende la vida humana, estoy convencido de que existe algo más grande en ella. Existe una personalidad, no sólo una serie de reacciones químicas; también un alma y, por encima de «la máquina», del cuerpo, está el ser humano.

Sé que a causa de la enfermedad tuve una infancia extraña, pero mis padres me enseñaron a ser independiente y capaz de

identificar problemas, también a diferenciar la realidad de la fantasía. De pequeño me encantaba un programa de televisión titulado *Mystery and Imagination* que daba un miedo horrible. Lo solían poner los domingos por la noche y mis padres no querían que lo viera, lo que hacía que todavía tuviera más ganas de verlo. Me encantan las historias de terror y de fantasmas, pero sé que pertenecen a un nivel de realidad distinto, lo cual me ha resultado muy útil en la vida. Me descojono con lo que sale por televisión, porque no reproduce ni de lejos lo que sucede en realidad.

Lo que no me tomo a risa en absoluto es la posibilidad de percibir fenómenos paranormales. De vez en cuando me han pasado cosas extrañas. Es como si fuera consciente de la atmósfera: no sé exactamente lo que es pero soy capaz de sentirlo y de saber si el clima o el ambiente de una habitación o de una casa no es del todo normal. Puedo sentir presencias y distinguir a la perfección cuando se trata de mi imaginación y cuando es real. Puedo sentir las vibraciones, empatizar con la sintonía del entorno. Hay formas de sintonizar y de desintonizar. Lo puedo ignorar por completo o dejarme llevar y entonces veo cosas. A veces, las visiones y situaciones se me imponen.

Una vez, en un viejo estudio de grabación, el Manor, sentí con toda claridad que un gato saltaba sobre mi cama. Sabía y sentía cómo se movía. Sentía que estaba transmitiéndome que era un gato, pero no podía verlo, aunque de alguna manera sabía que estaba ahí. Antes de entrar en coma debido a la meningitis, podía imaginar, por ejemplo, que había un dragón junto a mi cama, pero mi mente sabía que en realidad no había nada. Tengo una especie de perro guardián en la cabeza y entiendo muy claramente cuál es la diferencia entre lo real y lo irreal. Es difícil de entender, pero está ahí.

Me han pasado muchas cosas. Supe que mi abuelo materno había muerto. Corrí a la habitación de mis padres y se lo dije. Había

visto un gran destello inexplicable en el pasillo. Parecía moverse buscando algo. Salí y lo seguí hasta la habitación de mis padres y les dije lo que había visto. Ya me había pasado antes. «Pero, qué dices?», me preguntaron. No penséis que es como en *Most Haunted*.⁶ Eso es precisamente lo que no es. Considero un fraude total las cosas que esos imbéciles se dedican a hacer en sótanos y castillos supuestamente embrujados. Se trata de otra cosa: una especie de pulso perceptible por quienes saben cómo escucharlo, en la radio lo llaman cerebro. No me asusta. Es un área en la que me siento muy valiente. O no existe en absoluto o sí existe y yo he encontrado la manera de que no represente ningún peligro o daño para mí.

Volviendo al hospital, mi mente creaba personajes que surgían alrededor de la cama o en la distancia dentro de la habitación. Todavía los recuerdo. Uno de ellos es ese cura tan alto, ese personaje extraño y abominable que aparece de vez en cuando. Parece más alto que el espacio que ocupa, no está en ninguna dimensión que yo pueda comprender. Pero sé que es malvado y cómo puedo detenerlo. Normalmente estoy profundamente dormido cuando esto ocurre y me fuerzo a despertarme y a mirar directamente al lugar donde me imagino que está. Y entonces desaparece, se disipa. Puedo hacerlo si no me gusta lo que estoy soñando. Puedo encontrar la forma de salir del sueño y recobrar la consciencia. Normalmente, este tipo de incidentes ocurren cuando estoy solo. Superar ese tipo de experiencias requiere habilidad. Después tienes una sensación de poder y capacidad personal, pues se trata de un ataque a tu psique. De hecho, es un ataque, un desafío. Tienes que vencerlo y, de alguna manera, eso te da fuerzas. A lo mejor es mi mente ejercitándose diariamente. No hago ejercicio físico, pero está claro que yo soy quien dirijo mi espectro mental, mis retos.

6. Serie sobre misterios paranormales.

Finsbury Park: suena a sitio agradable, ¿no? Bueno, pues no lo era. Allí no había equitación ni nada que se le pareciera, excepto la policía persiguiendo a la gente joven los sábados por la tarde. Tenía once años cuando nos mudamos allí desde Holloway, justo antes de entrar en el instituto. Al final, en el piso anterior vivíamos demasiados y mi padre le salió con la siguiente frase al diputado local, que tenía raíces irlandesas: «Oiga, que nosotros también somos irlandeses, ¿sabe?». Fue la única vez que sacamos partido de esa circunstancia. Supongo que estaba intentando ayudar a la gente afín a su política. Toda la operación despedía un tufillo mafioso de tal calibre que me imaginé que había habido algún tipo de soborno de por medio, porque esos pisos del Ayuntamiento eran muy difíciles de conseguir.

Estaba en Honeyfield, a una manzana de Durham Road en Six Acres Estate. Por entonces sonaba una canción romántica insufrible de Roger Whittaker que decía «me voy de la vieja ciudad de Durham...» y que acababa por matar el buen rollo, pero, aparte de eso, yo estaba muy ilusionado; ¡sólo pensar en tantas habitaciones...! Me encantaba pasearme por el interior de la casa, subiendo y bajando las escaleras, tocando el pasamanos. «Ahora me apetece asomarme a esta ventana.» No me cansaba. Por supuesto, mi padre se quejaba siempre del alquiler. A eso equivalían tantas habitaciones: a una factura enorme todas las semanas. Aquello supuso el final de mi trabajo en los minitaxis. Estaba demasiado lejos para ir por las mañanas. Más o menos treinta metros más lejos que antes.

Me apetecía mucho empezar el instituto porque suponía empezar de cero. Iba a asistir a William of York, otro colegio católico que estaba en Caledonian Road. El primer día me encantó. Todo el mundo era a un tiempo tímido y abierto. El rollo del tonto del bote se había acabado. Lo que no sabía es que el colegio ya me había calificado de «chico con problemas». El primer día (lo

cual me ofendió amargamente) me pusieron con los peores, los de la «D». De de deficiente, claro. ¡Pero bueno! Simplemente supusieron que tenía problemas cerebrales y punto. Pero una semana más tarde ya me habían cambiado a otra clase mucho más adelantada.

Pronto, como cabía esperar, el sistema de los matones se puso en marcha, todo se convirtió en el típico rollo «nosotros» y «ellos» por el que los adolescentes suelen clasificarse. Y entonces empecé a detestar ese colegio. Además, era sólo de chicos, lo cual se hizo abominablemente aburrido una vez entramos en la adolescencia. No había curas, sólo uno que venía a dar matemáticas de vez en cuando. También tenía un coro, del que también me mantuve alejado. De verdad, el catolicismo es letal para los cantantes, se debería hacer algo al respecto.

Algunas clases me gustaban un montón, pero detestaba la educación física porque me hacía ser consciente de lo pobres que éramos. Teníamos que comprarnos el uniforme de ciertas actividades, como el rugby. Era inaceptable. Si aparecías sin el equipo no podías hacer educación física (¡estupendo!); entonces te mandaban inclinarte y el profesor te golpeaba en el trasero con una zapatilla. Siempre me ofrecía para que me pegaran y eso que dolía mogollón.

La rabia que sentía por que trataran de imponerme su uniforme hacía que el dolor fuera algo casi placentero, algo que yo asociaba con algún tipo de satisfacción personal («¡Ja, no vais a poder conmigo!»). Muchos otros niños hacían lo mismo y acabamos convirtiéndonos en mayoría, así que había muy poca gente en esas clases y al final también se hartaron de darnos con la zapatilla. Los vencimos. Cuando llegaba la hora de esa clase, salía por la verja del colegio y me iba a hacer algo más interesante.

A los doce o trece años, empecé a tener mis propios amigos, uno de ellos John Gray. John era un tipo extravagante. Estudiaba conmi-

go en el William of York y no encajaba allí para nada, no se plegaba a los planes de nadie y a mí me encantaba por su singularidad. Era una joya por ese motivo y también por su arrogancia, que se fundaba sobre el conocimiento real de las cosas. Un conocimiento enciclopédico, muy útil. Con cualquier cosa que no supieras, ibas y le preguntabas, «¿John?», y ya tenías la respuesta.

Me recuerda a la película *Su otra esposa*, con Katharine Hepburn y Spencer Tracy. Trata de la sustitución del personal especializado de una compañía por un ordenador. Al final se dan cuenta de que la mente humana es más fiable y da mejor respuesta a los problemas desde el punto de vista emocional. Bueno, pues eso era John Gray.

David Crowe era otro de mis amigos, un tío muy raro, oscuro, siniestro, un poco Frankenstein, también por su cuerpo, a lo *hooligan*, grande y torpe. Callado, muy callado, pero podía ponerse mortalmente serio. Estaba en mi clase, pero sólo empezamos a quedar después de un año o dos. Era un genio de las matemáticas, algo que desde la meningitis siempre me ha desconcertado muchísimo. Encuentro muy confusa la concepción matemática del mundo. O entiendo el ritmo instintivamente o no lo cazo en absoluto.

Dave se aburría saliendo con la gente del Arsenal, porque él era del Tottenham. Como él era raro en ese mundo y yo era raro en el mío y ninguno quería hacer educación física (tampoco John Gray), nos juntamos. Una panda rara pero decidida, que prefería un zapatillazo a tener que disfrazarse para jugar al bádminton.

Los humos que se daba ese miserable colegio de Caledonian Road... ¿De verdad pensaban que estaban entrenando a futuros jugadores de bádminton? ¡Pero si eso era imposible en un barrio con una realidad tan brutal! ¡Pero si el colegio estaba rodeado de guerras de bandas, peleas de hinchas y delincuentes! Y mira que lo intentaron, además con toda la cursilería que uno pueda imaginarse. ¿Cómo se puede pedir a un tío que ha nacido en ese ambiente

que golpee *suavemente* la pluma de bádmin-ton? ¡Imposible, de ninguna manera! Ni los chavales gais se prestaban a ello. Ni de coña.

Enseguida, mi hermano Jimmy se unió a mí en William of York, pero los más pequeños, Bobby y Martin, fueron a Tollington Park. Por entonces, mis padres empezaban a distanciarse de la Iglesia católica, así que descartaron William of York: mis hermanos pequeños no tendrían que tragarse la mierda que soltaban los curas. Mi padre estuvo muy acertado.

El problema era que el colegio que escogió para Bobby y Martin era probablemente la escuela más *hooligan* de todo Londres. Tollington Park era el foco de todos los elementos peligrosos del Arsenal de la zona. Ahí es donde mi mánager, Rambo, *no* fue al colegio, pues la asistencia no era lo que se dice un distintivo propio de la institución.

Yo he sido del Arsenal toda la vida, así que no haber ido al Tollington puede considerarse una desgraciada laguna en mi educación. William of York estaba al principio de Caledonian Road, pero eso no significaba que no nos mezcláramos con la chusma de la calle. Nosotros estábamos metidos en una memez católica, muy cerrada y aislada, que intentaba bloquearte la vista, ocultar la realidad del mundo, pero un colegio *heavy* como Tollington consistía en «mira, tío, esto es lo que hay, no le gustas a nadie y nos importa una mierda». El tema «Pretty Vacant» es una especie de himno de Tollington Park. Aquello era todo menos un colegio.

Justo cuando empezaba a integrarme en William of York, pasó algo terrible. Mi abuelo paterno, «el Viejo», se murió y tuve que identificar el cadáver. Por aquel entonces ya tenía catorce hijos y vivía con una prostituta. Mi padre se debió de sentir fatal de que yo viera todo aquello.

Mi tía, también madre de catorce hijos, vino desde Galway, pero mi padre tenía que trabajar y me quedé solo con ella en la morgue. Tuvieron que apañarle el cráneo un poco porque, cuan-

do estaba follándose a una prostituta en el umbral de la casa, se había caído de espaldas y se había abierto la cabeza. Así es como murió. Cuando lo tumbaron, la tenía dura. ¡Y no era la torre inclinada de Pisa!

Allí estaba yo con mi tía Lol, que empezó a gritar y a llorar porque era su padre. Ese histerismo me hizo mucho daño, un horror que los adultos puedan infligirte tanto dolor cuando son ellos quienes deberían asumir la responsabilidad de la situación. «¡Ayyyyy, ayyy, no puedo mirarlo! ¡Es lo peor que he visto en mi vida!», exclamaba. «Sí, pero necesitamos a alguien que identifique el cuerpo», decían ellos. Así que me tocó a mí. Parecía Frankenstein, con puntos que le cruzaban la frente, pero se lo reconocía bien.

A pesar de mi juventud, sabía que era probablemente el viejo más cerdo que había conocido en mi vida. Para que mi tía se comportara así al verlo desnudo y con una puta erección... Joder, yo no estoy tan dotado. Aquello era realmente grande. ¡Dios mío, y ése era su padre! Lo que ha debido de pasar en esa familia...

Así es el territorio Galway, la familia de mi padre. La familia de mi madre, gracias a Dios, tenía formas distintas de decirme que habían muerto, a veces con destellos en el pasillo. Por alguna extraña razón, mis padres se querían mucho y nos tuvieron como resultado de ese amor, pero ambos venían de familias muy locas. No tiene ningún sentido, pero es así. La frialdad de la familia de mi madre, su miedo irracional y los infinitos desastres de ambos lados.

Esa noche, en nuestra casa en Six Acres, la tía Lol estaba en el dormitorio contigo. Mis padres la dejaron dormir sola, lo que significaba que Bobby, Martin, Jimmy y yo teníamos que compartir cama. Y la oímos gritar toda la noche, chillidos terribles, y entonces mi padre nos pidió que intentáramos calmarla. Aquello le resultaba insoportable. «¡Ha vuelto para atormentarme!», gritaba.

Algo debía de haber pasado porque uno no llora a su padre de esa manera. Algo terrible. Así que justo cuando empezaba a superar mis propios problemas me di cuenta de la realidad de mi familia.

Todo mi mundo se reducía al colegio y a una pequeña porción de Londres. ¿Qué más conocíamos? No había ido más allá de la granja de Carrigrohane y, cuando mi padre tuvo que marcharse a trabajar, los Hastins y Eastbourne. Ése era el recuento de mis viajes hasta que me uní a los Sex Pistols. Con el colegio fuimos de excursión a Guernsey y con la clase de Geografía a Guildford. Por aquellos días, Guildford estaba lejísimos de Londres (un viaje mortalmente aburrido en autobús por estrechos y ventosos caminos rurales) y tardamos siglos. Estuvimos una semana en esas espantosas cabañas de Box Hill (a las que hago alusión en un tema de PiL, «Flowers of Romance»), lidiando con el profesor de educación física, que nos amenazaba con la zapatilla si no entrábamos en las duchas comunes. «¡Prefiero la zapatilla, gracias!»

A nosotros lo que de verdad nos importaba era encontrar alguna forma de colarnos en los pubs. Eso es lo que hacíamos. Era una forma de hacerte mayor: sentíamos que entrar en zonas prohibidas era un gran logro que nos hacía más hombres.

Mientras estaba en William of York, mi padre consiguió un trabajo manejando una grúa en las plataformas petrolíferas de la costa de Norfolk. Era invierno y nos instalamos en un camping de veraneo de Bacton-on-Sea. No había nadie, sólo nosotros. No estuve mucho tiempo, pero se me pegó un poco el acento y eso, cuando volvimos a Finsbury Park, no me benefició en absoluto. «¿Quééééé? ¡No te entiendo!» me decía la gente.

Solía ir por ahí con un gorro de lana típico de Norwich, pero sin pompón. Me gustaban los colores: amarillo y verde. Tenía otro gorro de un solo color (también sin la borla). La forma en que yo vestía, la pinta que tenía, un tanto diferente del resto, parecía

molestar a la gente del fondo norte, es decir, el fondo del Arsenal en su antiguo campo, el Highbury.

Una de las primeras veces que me puse ese gorro, coincidí con John Stevens. «Rambo», así lo llamaba todo el mundo, conocía a Jimmy de los bloques de pisos. En su día logró expulsar la violencia del fútbol gracias a su compromiso y a su capacidad organizativa. ¡Es imposible seguirlo! Siempre con ganas de pelea, rápido y menudo, salía victorioso de cualquier pelea con Arsenal, ¡y siempre con una gran sonrisa en la cara! Un idiota como yo, a pesar de ser más alto, era el que se llevaba el primer puñetazo en la cara. Y mis dientes: debo de haber roto unos cuantos nudillos con los piños que tengo.

No me gusta meterme en ese lado psicópata de la violencia porque no soy así. No suelo guardar rencor mucho tiempo y, cuando me enfado, se me pasa en cuanto se soluciona el asunto. En realidad, las cosas son mucho más simples: por favor, no te pongas a apoyar al Tottenham o al Chelsea en el fondo norte. Ni se te ocurra. Pero una vez que te hemos expulsado, todos contentos, vamos, que no insisto en el tema. Sí, me mola ir a su campo y ponerme a gritar el nombre del Arsenal. Podría considerarse hipócrita, pero eso es lo maravilloso del fútbol, el increíble sentido de la unidad que genera y que cruza todo el estadio.

No vas al campo sólo a verlos ganar sino también a verlos luchar. Me parece glorioso. Cuando estaba en el colegio me encantaba la historia: de pequeño, la invasión de Inglaterra por los romanos era mi tema favorito. También las invasiones de los sajones y los vikingos. Me gustaba imaginarme aquellos escenarios. Bueno, pues la grada de un partido es exactamente igual y funciona de la misma forma. La defensa es fundamental. En la biblioteca hay un libro sobre la batalla de Agincourt. La táctica fue definitiva y Rambo, creedme, la ha dominado siempre, incluso de niño. Éramos muy jóvenes en comparación al resto de la afición del Ar-

senal, unos tiarrones de treinta y cuarenta años, pero aguantábamos, no salíamos corriendo.

Una noche, el Tottenham jugaba en casa. Corría el rumor de que iban a acudir un montón de *hooligans*. Nos reunimos cuarenta en el patio de Sir George Robey, en Finsbury Park. Yo llevaba mi gorro de lana monocolor. Rambo les había tendido una emboscada a los del Tottenham y a cualquiera de los suyos que intentara regresar del partido. Me miró y le dijo a mi hermano Jimmy: «No, ese tío no nos vale, que se vaya a casa». Jimmy contestó: «Es mi hermano y es mucho más duro que yo». Por aquel entonces yo estaba trabajando en una obra, así que las apariencias engañan. Tenía quince o dieciséis años y ni una pizca de miedo. A diferencia de antes, en aquel momento podía enfrentarme a una pelea. Aun así, si alguien como John se ofrece a respaldarte no se te ocurre rechazarlo ni de coña. Es una ayuda muy valiosa, de eso me di cuenta años después.

En el colegio comencé a convertirme en un tipo problemático. No de forma habitual, sino por instinto. Estaba desconcertado y quería respuestas que no me daban. Si les molestaba explicar de qué coño estaban hablando, que se fueran a tomar por culo. Así que acabaron enfadándose conmigo. No se puede esperar que gente como yo se quede quieta mientras se nos anula. Estaba convencido de que estaba allí para aprender, para que me educaran. Cuando unos profesores de mierda se niegan a enseñarte, te entra una rabia de la hostia. No es que me pusiera violento, pero acababa encontrando la palabra justa.

Me frustraba mucho con asignaturas como Historia, que me encantaba. Llamaba a gente como John Gray y les preguntaba: «¿De qué va hoy la clase?». Se aburrían explicándomelo, así que me iba a la biblioteca y lo investigaba por mi cuenta. Pero poco a poco, abandonado a mi suerte, perdí el interés. No ves las ventajas de estudiar, todo deja de ser novedad y se convierte en algo molesto.

Al final me expulsaron del William of York, a mitad de año, en medio de la evaluación. Llegaba tarde (la impuntualidad fue la excusa), no llevaba el uniforme inadecuado y el pelo demasiado largo. Creían que era de los Ángeles del Infierno porque llevaba un abrigo de cuero de mi padre. No podíamos permitirnos el abono del autobús, así que iba en bicicleta al colegio y sacaron las conclusiones equivocadas. Fue Prentiss, el profesor de Lengua, quien hizo que me expulsaran, el hijo puta de «Manchas-de-Pis» Prentiss. Ahora suelo dejar que los muertos descansen en paz, pero a ese tío lo odiaba. Lo despreciaba, pero, curiosamente, era un profesor brillante. Era muy emocionante la manera en que explicaba a Shakespeare, me fascinaba. Analizaba desde las palabras y el ritmo poético de cada verso hasta la estructura global del poema de un modo muy complejo y profundo. Absolutamente alucinante. Los entresijos de la lengua inglesa. Un profesor realmente magistral, maravilloso, pero también un cabrón insufrible.

Como todavía era demasiado joven para dejar el colegio y quería graduarme, me metieron en el College for Further Education en Hackney. Se trataba de una especie de colegio diurno para inadaptados al que te enviaban cuando decidían que ya no podían contigo, una especie de correccional municipal. A todos nos consideraban unos vagos incorregibles. Tenía que coger el autobús y luego caminar diez minutos.

Desde luego, Hackney nunca fue un gran sitio. Allí había otra clase de fans del Arsenal.

Allí conocí a Sid.

Raíces y cultura

A los Lydon siempre nos ha gustado la música. Era algo habitual en mi casa. Mi padre era especialmente musical. Tocaba el acordeón de niño. A los doce o trece años ya tocaba en orquestas de baile irlandesas, tipo duduá, duduá, pero nunca me enseñó nada de eso, lo cual me parecía muy raro. Quizás, como en todo, quería que yo encontrase mi propio camino. Cuando yo era pequeño, todavía tenía el acordeón, pero estaba olvidado en un armario y no quería ni oírlo mencionar. El aire que rodeaba todo el asunto era muy extraño. No quería enseñarnos nada de lo que sabía de música.

Pero mis padres tenían una colección de discos enorme. Ponían música todo el rato, especialmente los fines de semana. Tenían gustos muy variados, también amigos muy variados. Todo el mundo aparecía con música para escucharla, así que en mi casa circulaba un número infinito de discos, lo cual era genial. *A Boy Named Sue*, de Johnny Cash, era el típico disco que a mis padres les gustaba pinchar para poner a prueba a sus amigos y ver su reacción. A mi madre le gustaban las baladas tradicionales y el folk, pero también los Kinks, los Beatles y las grandes cantantes como Petula Clark y Shirley Bassey, además de la música de baile.

Recuerdo vívidamente a mis padres bailando «Welcome To My World», de Jim Reeves, en el tocadiscos Dansette del salón: mi madre con su cardado y su vestido de poliéster rosa y mi padre de traje y corbata. Era una canción muy romántica, pero también algo política, porque habla de que el mundo puede ser

un lugar mejor; una canción esperanzadora, positiva. Una canción maravillosa.

En mi casa aprendí a ser un buen DJ, porque de pequeño consideraba que aquello era tarea mía. Eso y servir copas. En ese tipo de eventos, el DJ también se encargaba del bar y, cuanto más joven, mejor porque así ponía buenas dosis de alcohol para que los mayores estuvieran contentos. Me encantaba pinchar discos. Ése era el tipo de maquinaria que yo entendía porque el resultado era palpable. «¡Bien! ¡Un sonido placentero a todo volumen!», genial, ¡menudo regalo! Yo mismo me aficioné a comprar discos y así hasta el día de hoy.

Es extraño, pero en el hospital no eché de menos la música en absoluto, y eso que estuve casi un año, probablemente porque la había olvidado, pero en la habitación no había música ni radio ni nada parecido. De hecho, no creo ni que hubiera televisión.

Pronto me encontré absorbiendo toda la cultura popular que me salía al paso. Me acuerdo de haber tenido siempre una tele, puede que fuera una pequeña Rediffusion. Aquella tele parecía inglesa (y lo era), así que no funcionaba muy bien: era pequeña, en blanco y negro y de imagen granulada. A mi padre no le interesaba mucho, tampoco a mi madre: para ellos sólo era algo que se quedaban mirando cuando llegaban exhaustos por la noche.

Después de la Segunda Guerra Mundial se redefinió totalmente el sistema de clases británico. La nobleza terrateniente se había convertido en un dinosaurio agonizante, así que tenía que haber necesariamente un reajuste. Estaban la BBC (*tory*, clase media-alta) y ITV (laborista, clase trabajadora). Las líneas de separación eran así de claras y definidas. Nosotros no veíamos la BBC jamás, aparte del fútbol, porque pensábamos que sólo salían pijos haciendo el gilipollas. Me encantaban las obras de teatro, crecí con ellas, pero el acento pijo me ponía malo.